

El juez HARVEY Y SUS HIJOS

(LA FAMILIA HARVEY en WASHINGTON)

Los
GRANDES
films
MODERNOS



EL JUEZ HARVEY Y SUS HIJOS

Los grandes films modernos

El Juez Harvey y sus Hijos

Las aventuras de un juez y su familia en Wáshington, según la película de

METRO - GOLDWYN - MAYER

*

Por JOSÉ DE VILASALVA

*

Distribuida por
SDAD. GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
Barbará, 16
BARCELONA

El Juez Harvey y sus Hijos

VACACIONES

En la pequeña ciudad de Carvel no encontraríamos una persona que gozara de más prestigio y consideración de la que goza el juez Harvey. El digno juez civil de aquella localidad recoge así el premio de una larga y laboriosa vida dedicada íntegramente al servicio de la justicia y al bien de sus compatriotas.

A pesar de sus sesenta años cumplidos, Harvey es joven. Realiza el milagro de aquella perpetua juventud de espíritu que acompaña constantemente a aquellas personas que han sabido mantener siempre despierto el corazón, que han sabido vivir con prudencia y que en el amor a los suyos han encontrado el secreto de una vida feliz y optimista.

Es verdad que el juez ha tenido una gran suerte con la que es su esposa. La señora Harvey es la bendición del hogar, la compañera ideal para su marido, la buena madre para sus hijos. No siempre la carrera de su marido se ha deslizado sobre ruedas. No siempre los hijos han sido motivo de alegrías. En todos los escollos con que han tropezado, la señora Harvey se ha comportado con decisión e

inteligencia admirables, constituyendo la verdadera fortaleza moral de la familia.

Los esposos Harvey tienen dos hijos. Una muchacha, Martita, y un chico, Andrés. Constituye este cuarteto una asamblea de personas cuyo trato es siempre motivo de alegría para la buena sociedad de Carvel.

Claro que para ser verídicos tendríamos que hacer una pequeña observación respecto a Andrés. Oh, no vaya a creer el lector que Andrés sea un mal chico. Nada de eso; pero sí que es travieso como él solo; y, si sus andanzas son la admiración de los mozalbetes de su edad, en cambio más de una vez han escandalizado a las personas mayores.

Algo brusco de ademanes, con un carácter decidido y turbulento que muchas veces le impide reflexionar antes de obrar, Andrés, por su innegable inventiva y la gracia que acompaña a sus actitudes, se ha ganado la admiración de todos sus compañeros de escuela y más de una vez ha capitaneado sus revueltas estudiantiles.

Admiración que, naturalmente, no es compartida por las personas mayores, algunas de las cuales no tendrían inconveniente en calificar a Andrés de verdadera calamidad. Su padre, claro, no aprobaría este juicio. Harvey se acuerda de sus mocedades y la memoria que tiene de ellas le permite excusar a su hijo. Excusarlo hasta cierto punto. La tolerancia no excluye el rigor. Y Harvey, que a despecho de sus múltiples ocupaciones no pierde de vista lo que ocurre a su alrededor, está siempre atento a aplicar el correctivo a quien sea, cuando comprende que las cosas han sobrepasado la medida.

Como es natural tratándose de un chico que tiene muchas aptitudes y unas ocurrencias siempre preciosísimas,

Andrés cuenta con muchos amigos y también... algunas amigas. Digamos que no muchas. Sus maneras bastante bruscas, por no decir algo peor, asustan a muchas de las chicas que esperan de los jóvenes palabras y actitudes que no se aparten lo más mínimo de las reglas de una delicada galantería.

Polita Benedict podría clasificarse entre aquéllas, pero, no obstante, está dispuesta a hacer una excepción a favor del hijo del juez Harvey. Polita es una niña muy quietecita, a quien sus padres han dotado de la más escrupulosa educación. Conoce a Andrés desde hace mucho tiempo, y, si bien es verdad que el carácter indomable del chico constituye su desesperación, no es menos cierto que Andrés tiene para ella un encanto que no ha podido descubrir en ningún otro chico de su edad. Así es que, pese a las riñas continuas, Polita y Andrés constituyen una de las parejas más fieles de Carvel.

Digamos algo de la hija, Martita. Acaba de cumplir los veinte años. Es hermosa como ella sola. Una de las bellezas de Carvel. Además, posee una intensa simpatía, a la que son sensibles todos los que tienen la suerte de tratarla. De ello nos podría contar muchas cosas su novio, Weine Trent.

Novio, hasta cierto punto. No hay aún compromiso, aunque la persistencia del chico y su formalidad hacen esperar que pronto llegará el momento de encauzar las relaciones en aquel sentido. Weine es un buen chico, cuya presencia es muy bien vista por los padres de Martita. Ama con locura a la chica y este amor es bastante fuerte para excusar todos los disgustos que la coquetería de Martita le ocasiona.

Diremos, sin embargo, que no es precisamente coquete-

ría el defecto que señalaríamos en Martita. Después de todo es joven y hermosa y consciente del atractivo que ejerce a su alrededor. Pero hay otro aspecto de su carácter que ofrece ya más reparos. Bien lo saben sus padres.

Martita es una chica muy buena. Digamos bonísima; pero, al mismo tiempo, de una ingenuidad algo peligrosa. Acaso porque es incapaz de pensar nunca mal, tiende siempre a creer espontáneamente en las buenas intenciones de todos los que la rodean y, sin parar en reflexiones, ofrece su amistad y confianza a más de una persona que no merecen ni la una ni la otra. Es un ímpetu juvenil que la mueve, un afán de querer y de admirar que arrancan de un corazón demasiado generoso y que no encuentra aún en la sana experiencia que da la vida la contrapartida para refrenar ciertas expansiones.

Afortunadamente, el padre siempre vigila. Sabe el señor Harvey cuántos cuidados requiere una niña, cuántos peligros la rodean en el ambiente moderno, tan plagado de majaderos. Pero, como conviene a un buen padre, es por el camino del ejemplo y de la persuasión cómo siempre ha conseguido que su hija entrara en razón, reconociendo a tiempo los inconvenientes de su conducta.

Así la familia Harvey da la impresión de una asociación libre de personas. Pero por encima de esta indudable libertad rige la ciencia del vivir del padre, que es el verdadero consejero y guía de sus hijos. El hombre cuya vida ha estado exclusivamente dedicada a enjuiciar la conducta de los demás, ha adquirido un conocimiento de sus semejantes que le permite ver claro en donde para muchos no hay sino una enmarañada confusión de factores.

La mejor ilustración de todo lo que llevamos dicho la

hallaría el lector en la relación de las vacaciones que la familia acababa de pasar en una playa del Oeste. Nunca había tenido la oportunidad de darse unas largas vacaciones. Los honorarios de un juez de distrito no son tan generosos como para permitir semejantes lujos; pero por fin, y gracias a ciertos trabajos suplementarios, el juez había podido dar a sus hijos esta gran alegría.

¡Vacaciones! No hay palabra más embriagadora cuando se es joven. Marchar lejos, romper por unos días el círculo acostumbrado de relaciones para ingresar en la existencia mágica de una playa de moda en donde todo parece fácil, todo el mundo parece feliz, donde no hay otras ocupaciones que las que resultan del baño y del deporte.

De la mañana a la noche divertirse. Conocer gente nueva. Darse la impresión de que también se ha triunfado. Sol y agua por las mañanas, prados y flores por las tardes, baile por las noches y todo esto en un ambiente cosmopolita de libertad que contrasta con el aire provinciano de la pequeña ciudad en que se vive. ¡Qué perspectivas más maravillosas!

Qué extraño que, puestas así las cosas, los hijos Harvey cometieran algunas tonterías. Pero esto ya ha pasado y nosotros tenemos que hablar ahora del presente, del viaje a la capital que emprendió, poco después de regresar de la playa, la familia Harvey en pleno.

No obstante, permítasenos transcribir aquí la carta que la señora Harvey mandó a una de sus mejores amigas y en la que le cuenta brevemente el resultado de aquellas vacaciones. El lector aprenderá así a conocer mejor a los héroes de esta historia.

“Querida Ester—escribe la señora Harvey—. Estamos de regreso después de estos quince días que han sido sin disputa alguna los más agitados de mi vida. ¡Que no digan que las vacaciones se han hecho para el descanso! Puedo asegurarte que nunca hemos llevado una vida más ocupada que la que hemos conocido allí. En ningún sitio se está mejor que en casa, he aquí mi descubrimiento. Claro que éste es mi punto de vista y que sospecho que los míos no piensan lo mismo.

”No sabes que mi marido tiene una pasión loca por la pesca. Después he podido saber que uno de los motivos decisivos por lo que nos ha embarcado a todos en esta aventura de verano ha sido su deseo de pescar cierto pez—no me acuerdo cómo se llama—que sólo se encuentra en los parajes que hemos estado visitando estos quince días de vacaciones. Después he podido saber también los apuros que ha pasado para conseguir lo que anhelaba. Parece que como se daba un poco de vergüenza de que los demás adivinaran su desenfundada afición, tenía que inventar mil excusas para ausentarse, con el fin de poder ir a matar horas y más horas pendiente de la caña, esperando que el pez en cuestión quisiera darle la satisfacción de picar en el anzuelo. El buen hombre consiguió al fin su propósito y, ¿me creerás si te digo que se hizo retratar al lado del anfibio, con la caña en la mano? Es una fotografía preciosísima que me hizo reír la mar, aunque a él no le hizo esto mucha gracia, puesto que considera dicha fotografía como un documento que le llena de más orgullo que muchos de los diplomas universitarios que cuelgan de nuestras paredes.

”¿Qué te diré de mis queridos hijos? Si te digo que se divertieron de lo lindo no diré ninguna mentira, pero si añado

que los dos regresaron tristes y desengañados, también me tendrás que creer.

”Se espera mucho de quince días de libertad. Todo es expectativa y sueños de color de rosa, pero después, cuando las cosas que aparecían lejanas e inaccesibles han sido alcanzadas, entonces viene una desilusión que emponzoña la alegría inicial.

”El terrible de Andrés conoció, no sabemos cómo, a una niña que andaba por allí sola contando no sé qué barbaridades de su madre. Era—y no te rías de ello—, a pesar de sus quince años apenas cumplidos, lo que llamamos una descarada y que allí llaman una *flapper*. Sea lo que sea, Andrés se imaginó haber hecho una conquista y salió con ella, sin saberlo nosotros, varias tardes, hasta que su padre tuvo queargarle un sermón que afortunadamente ya era innecesario, puesto que Andrés, que no es tonto, había tenido ocasión de adivinar toda la estupidez que encubría aquella muñeca tan pagada de sí misma. Humillado por la situación ridícula en que se había puesto, ya no recobró su acostumbrada animación en todo lo que faltaba de días para regresar. Mientras te escribo la presente le oigo hablar con Polita, su buena amiga. Ésta es, como ya sabes, una buena chica, cuya amistad le conviene mucho. ¡A ver si con el trato con persona de tan buenos modales los adquiere también él, que buena falta le hacen!

”En cuanto a Martita, ya nos dió más preocupaciones. Las costumbres que imperan en aquellas playas, siempre constituirán una novedad para nosotros, entregados de lleno al estilo de vida de nuestra existencia provinciana. El caso es que Martita consiguió alternar e intimar con un joven a quien no conocía de nada, o mejor dicho, fué el joven quien

con una facilidad pasmosa consiguió ganarse la confianza de nuestra hija.

"Ya sabes que nuestra Martita más bien peca de demasiado buena. Si no fuera por su excesiva credulidad, esto no sería motivo de ansiedad, pero es el caso que todo lo que le llegó a contar el joven aquel era recibido como artículo de fe por nuestra hija. Hay que decir, en honor a la verdad, que el desconocido tenía excelente aspecto y parecía persona de la mejor condición.

"La situación no podía ser más falsa. Lo que para nuestra hija era una aventura romántica que le ocurría por primera vez, tan pronto como hubo salido de su rincón provinciano, para alternar con el gran mundo, no era para el otro sino un *flirt* de verano. El joven en cuestión era un desaprensivo que trataba de aprovecharse de la ingenuidad verdaderamente desconcertante de nuestra hija. En esta circunstancia mi marido se portó admirablemente.

"El joven había sido introducido en el cenáculo de la familia por voluntad expresa de Martita, que estaba empeñada en querernos convencer de que se trataba de una excelente persona a quien ella quería de verdad. Para celebrar la nueva amistad fuimos a merendar a una playa deliciosa que había por aquellos alrededores.

"Te hablaría de las maravillas del paisaje, del encanto de aquel baño de media tarde, si el recuerdo de la jornada no ofreciera para mí otros alicientes. Pero se trataba de la suerte de nuestra hija y así comprenderás que me refiera a ello y a nada más.

"Mi marido, con palabra elocuente y cálida de emoción, empezó, dirigiéndose al joven en cuestión, a hacer el elogio de nuestra hija, evocando después el espíritu de familia que

en trabazón inalterable imperaba entre nosotros, recordando toda la alegría que trae consigo una conciencia tranquila y el sentimiento de haber cumplido siempre con los deberes de la lealtad y franqueza. En una palabra, trató de hacer ver al joven a qué círculo moral pertenecía Martita.

"El presunto enamorado supo apreciar a tiempo la delicadeza con que mi esposo decía las cosas, aquellas cosas que otro habría dicho en un lenguaje mucho más directo y, por lo tanto, más agrio. Comprendió la lección, fué sensible al encanto que encubrían las palabras "lealtad" y "confianza", que a menudo pronunciaba mi marido, y se confesó derrotado, llegando a portarse al final como un caballero.

"Sí, mi querida Ester. Hombres que se comportan como unos desalmados, tienen a veces buen fondo. Lo que sucede es que nadie les pone en situación de descubrirse. El joven aquel, ante el espectáculo de una familia bien unida que él, insensato, por el simple capricho de conquistador, había querido hollar, se deshizo en excusas y pidió perdón de verdad a Martita por las palabras que le había dicho y en las cuales él mismo no creía.

"Buena lección para nuestra Martita. Lloró mucho al saberse traicionada. Estas lágrimas creo que le aprovecharán y es con esta esperanza que me despido de ti."

LA FAMILIA HARVEY A WASHINGTON

Estamos en vísperas de fiesta. Se prepara en el colegio una gran recepción y los organizadores andan muy atareados estos días. Ni decir tiene que tanto Polita como Andrés toman parte activa en la misma.

Los dos han estado discutiendo mucho rato los pormenores de la fiesta, cuando Andrés manifiesta deseos de partir.

—Pero ¿qué dices, Andrés? Si es muy temprano aún— exclama Polita.

—No importa— responde él—; iremos por el camino largo. Por el camino solitario, donde los árboles son tan tupidos.

—Vamos, vamos— dice la niña apartándose—. Siempre serás tan malcriado. ¿No puedes pensar en algo mejor que en besar a las mujeres?

—¿Qué hay mejor?

—¡La cultura! Cosas como la música y el dibujo. ¡Oh, Andrés! ¡Si vieras el nuevo profesor de arte!... Es un sueño.

—¡Bah!— responde desdeñoso el muchacho—. Esto de la cultura es pura paja... Prefiero el camino solitario.

Polita, mucho más razonable, hace como que no oye y añade sin más ni más:

—¿Sabes? Las muchachas iremos al baile con traje de *soirée* y los muchachos tendrán que ir de etiqueta.

Al oírla, Andrés, a quien esto de la etiqueta le suena como la cosa más empalagosa que pueda existir, exclama:

—¿Qué quieres decir? ¿Que tendremos que ir con *smoking*?

—¡Claro! ¿Hay algo malo en eso? Además, tendrás que venir conmigo y no querrás hacer el ridículo delante de tus compañeros.

—¡Ah! ¡Maldita etiqueta! Esto del *smoking* me revienta. Y sin decir más echa a correr.

Polita, que conoce muy bien a su compañero, da muy poca importancia a estos cambios bruscos de humor. Además, bien sabe que, cuanto más se hace el salvaje, más cerca está de volverse dócil el muchacho.

En el presente caso, de hacerse Polita esta reflexión andaría en lo cierto, puesto que Andrés, devorado de impaciencia, ya no piensa sino en conseguir un *smoking*. Su petulancia no le permite otra cosa. No permitirá que nadie en la fiesta desee evitar su compañía por el hecho de no vestir como la mayoría.

Se dirige, pues, a su casa para empezar la ofensiva contra su padre con el fin de arrancarle el dinero necesario para la confección del traje de etiqueta. Al llegar no encuentra más que a Martita, quien le advierte que no debe molestar a sus padres, que se han encerrado hace rato en el despacho para hablar de algo importante.

Entonces Andrés dice a su hermana:

—¿Qué, Martita? ¿Te gusta a ti el *smoking*?

—Claro. Hace muy elegante.

—Eso creo yo también. ¿No te parece que debería usarse muy a menudo?

—Pero, Andrés, ¿a qué vienen estas preguntas? ¿No me decías hace poco que no te gustaba hablar conmigo?

—¡Déjate de tonterías y respóndeme! ¿Te parece que papá piensa lo mismo sobre este asunto?

—¡Déjame en paz de una vez!—responde Martita algo nerviosa.

—¿Qué? ¿Has reñido con Weine? ¡Mejor que mejor!—dice el travieso de Andrés, escapando a tiempo del cachete que pretende darle Martita.

Andrés ha adivinado algo. Riñas siempre las hay entre enamorados, pero cuando uno de los dos ama más que el otro, entonces las riñas son más frecuentes. En el presente caso, quien ama más es él, Weine. Y hoy se han disputado a raíz de la fiesta que se prepara y Martita está nerviosa porque, aunque al fin ha salido con la suya, en el fondo reconoce la sensatez de su novio.

Martita está devorada por el afán de lucir y divertirse. Y para Weine la fiesta que se prepara no tiene que ser más que un motivo de tortura. ¡Toda la noche empeñado en disputar su novia al coro de aduladores que no va a faltar! ¡Cuánto mejor no sería irse a pasear solos por la carretera o retirarse a casa a charlar! ¡Pero cualquiera hace entender esto a la niña!

Y ¿qué estarán hablando los padres en el despacho? Nada malo. Todo lo contrario. Esta mañana el juez ha recibido una visita importante. Al introducirse en el despacho, el visitante se ha presentado como J. J. Harper, del Departamento del Interior del Gobierno Central. En breves palabras dijo al juez:

—En nuestro departamento, su última decisión respecto al acueducto recientemente aprobado nos interesó muchísi-

mo. Es usted docto en la materia. Próximamente se reunirá en Washington una Comisión para estudiar el monopolio de la Compañía Eléctrica Courtney y queremos que usted la presida.

Al oír semejante proposición, el juez había contestado agradecido:

—Para mí es esto un honor... y hasta un deber. Además, hace veinticinco años que no voy a Washington y me gustaría mucho volver a ver la gran metrópoli; pero tengo, señor, mis obligaciones de familia y mi sueldo no es muy crecido.

El señor Harper por toda respuesta había dicho:

—Recibirá doscientos dólares diarios.

El juez se hizo repetir la oferta y, cuando se hubo convencido de que se trataba efectivamente de doscientos dólares cada día, se apresuró a contestar:

—Bien. Me permitirá que lo consulte con mi esposa. Es el único requisito a que estoy obligado.

Y esto es lo que estaba haciendo ahora. Consultándolo con su esposa.

El señor Harvey empezó preguntándole:

—Queridita. ¿Te gustaría ir a Washington?

—¿Para qué?—preguntó con una punta de asombro la señora Harvey.

—El Gobierno me envía allí—y después de vacilar un momento añadió—y me paga doscientos dólares diarios.

—¡Oh! ¿Cómo es esto posible? No será cosa limpia, que ofrezcan sin más ni más tanta moneda. Dinero de esta procedencia no nos hace ninguna falta.

—Pero querida, si es cosa del Gobierno.

—¿Qué quieres que te diga? No entiendo de cosas jurí-

dicas, pero me huele mal ver el dinero ofrecido en esta forma.

El juez, sonriéndose al ver la testarudez de su mujer, terminó diciendo:

—Bueno, ¿te vienes conmigo o te quedas?

La mujer, resuelta, contestó:

—¡Claro! Voy contigo adonde sea.

Harvey trató de alejar las aprensiones de su mujer y, vista la cantidad de que disponían, acordaron llevarse consigo a los hijos, que, como es de suponer, no habían estado aún en Wáshington.

No es para describir el júbilo con que Martita y Andrés recibieron la fausta noticia. Era aún algo más maravilloso que las recientes vacaciones. El prestigio que sobre sus jóvenes imaginaciones tenía la capital era enorme y la estancia en ella, en donde los trabajos de su padre les iban a retener varios días, significaba para ellos el acontecimiento más importante de su vida.

El entusiasmo de Andrés mortificó, como es de suponer, a Polita, que veía con qué facilidad se distraía de su cariño el amigo. ¡Adiós, fiesta! ¡Adiós, grata compañía! ¡Polita no podrá lucir su vestido de *soirée* delante de los ojos embobados de su Andrés!

En cuanto a Weine, le sucede por su parte algo semejante. Bueno, no hay fiesta, es verdad, pero ¿qué gana con ello? Su Martita se ausenta y para marcharse no a la soledad de las montañas, sino al bullicioso Wáshington, y el pobre enamorado ya sufre pensando en las veleidades que pueda cometer allí Martita.

Triste es amar sin ser correspondido en la misma medida. El corazón le dice a Weine que Martita, pese a las

apariencias, le corresponde y que de ninguna manera podría la chica prescindir de él. ¡Pero así son las mujeres! ¡No las entenderá nunca!

* * *

La llegada a Wáshington les dejó a todos deslumbrados. Incluso el padre, que hacía más de veinticinco años que no había estado en la capital, no pudo ocultar, al llegar, un movimiento de sorpresa por el cambio operado allí desde entonces.

Tan pronto como hubieron traspasado el umbral del andén se les acercó un hombre que iba con un flamante uniforme, quien, inclinándose respetuosamente, preguntó:

—¿Es usted el juez Harvey?

—El mismo. ¿Qué se le ofrece?

—Soy su chofer particular mientras dure su permanencia aquí.—Y señalando un magnífico Limosina que esperaba en la calle añadió—: Puede tomar posesión de este coche que el Gobierno pone a su disposición.

Tanto Harvey como su esposa trataron de situarse y, sin azararse, se dispusieron a tomar posesión del coche. Sólo que la esposa no pudo menos de decir en voz baja al oído de su esposo:

—Vamos, no me digas que esto sea honrado. ¡Limosina con chofer y doscientos dólares diarios!

Como se ve, la señora no acababa de tranquilizarse. ¡A su alrededor todo era tan diferente de lo que siempre había visto!

Andrés estaba extraordinariamente alborotado. El ofrecimiento del coche le había producido una sorpresa de la

que no se acababa de reponer y sus exclamaciones de júbilo eran tan manifiestas, que su hermana estaba toda avergonzada. Al mismo tiempo que pellizcaba el brazo de su hermano le decía:

—Haz el favor de no ponernos en ridículo a todos y pórtate como un ciudadano y no como un payés.

—¿Es que me harás creer que has subido en un coche como éste alguna vez en tu vida?—contestó Andrés divirtiéndose a costa del azoramiento de su hermana, que pretendía comportarse como si estuviera ya acostumbrada a la vida de las altas esferas.

Dentro del coche que les conducía al hotel, Andrés estuvo fastidiando a todo el mundo con sus exclamaciones intempestivas que con cualquier fútil pretexto profería. Finalmente, su padre le requirió a conducirse con más corrección, puesto que no debía olvidar que él iba allí con una misión oficial.

Si lo del coche les deslumbró, no fué menor el entusiasmo que produjo a los chicos el hotel donde debían alojarse, un hotel céntrico, con unas habitaciones lujosísimas.

Imposible relatar aquí todas las impresiones que recibieron nuestros héroes en los primeros momentos de su estancia en la capital. Ello nos llevaría a llenar demasiadas páginas que necesitamos para cosas más interesantes.

Al día siguiente de su llegada decidieron bajar a cenar en el salón general, lo que permitió que Andrés se volviera a acordar del *smoking*. Sin embargo, tuvo que convenir en que ahora ya no tenía necesidad apremiante de él.

Allí en el salón hicieron algunas relaciones. Un señor francés llamado Cortot, con su hija Susana, y el matrimonio Lee, que iba acompañado de un amigo llamado Esteban

Prentisa, que tenía todo el aspecto de un perfecto gentlemán.

Andrés, que se impresionó mucho con la hija del señor Cortot, encontró manera de susurrar a la oreja de la linda muchacha algunas palabras que decían de manera torpe su entusiasmo por ella, y Susana, a quien no desagradaba semejante adulación, encontró valor para decirle que cada tarde a las dos pasaba por delante del monumento a Lincoln.

Al oír semejante explicación Andrés saltó de contento, frotándose las manos y pensando en lo maravilloso que resultaba Washington. Por su parte su hermana participaba de sentimientos semejantes, puesto que los Lee con una gentileza que no admitía réplica le ofrecieron su casa, rogándole que no dejara de visitarles, confiando en que encontraría placer en la compañía no sólo de ellos, sino también de Esteban. Este joven no pudo menos de manifestar lo contento que estaría de poder tomar el té con una señorita tan encantadora como la hija del prestigioso juez Harvey.

Martita con el beneplácito de sus padres aceptó la oferta, prometiendo visitarles. Y como Esteban, el amigo de los Lee, insistiera en manifestar el agrado con que recibía semejante noticia, el corazón de Martita palpitó de alegría al ver que había conseguido interesar tan pronto a gente tan distinguida.

Y así la familia Harvey empezó su estancia en la capital. El padre, atareado en sus asuntos; los hijos, con la cabeza llena de ilusiones juveniles, dispuestos a divertirse de lo lindo durante su permanencia en Washington, y la madre con la inquietud que no abandona nunca a una buena madre cuando ve a los seres queridos metidos en un ambiente nuevo, donde no se sabe nunca a qué atenerse. Ella tiene

confianza en sus hijos, pero esto no quita que su corazón de mujer prudente vele mientras su marido no puede cuidar del hogar, obligado como está por sus trabajos profesionales.

ILUSIONES JUVENILES

Como es de suponer, el día siguiente Andrés, al levantarse, pensó en seguida que la única cosa importante para él era estar a las dos de la tarde delante del monumento a Lincoln y no para rendir homenaje al ilustre Presidente, sino para convencerse de si realmente Susana era tan bonita como le había parecido en el comedor del hotel.

A pesar de que empezó su *toilette* con tiempo suficiente, ésta fué tan sumamente laboriosa por culpa sobre todo de la corbata, que por poco se le hace tarde. Llegó sudando al pie del monumento, después de haberse dado una larga carrera, y tuvo que esperar aún unos minutos.

Estos minutos no le permitieron hacerse cargo del monumento, puesto que la impaciencia le devoraba, y, como sucede siempre en estas ocasiones, en cuanto nos parece que ya ha pasado la hora una duda nos asalta respecto a la formalidad de la cita. Andrés no llegó a representarse el disgusto que experimentaría en el caso de sentirse burlado, puesto que en seguida se presentó la joven francesa.

Susana venía hacia allí acompañada de una señora de

edad indefinida, pero que podríamos, sin miedo a equivocarnos mucho, fijar en los cuarenta años. En toda la mañana que estuvo pensando en el encuentro, a Andrés no se le había ocurrido que la joven pudiera presentarse acompañada. Claro que ahora, al enfrentarse con la realidad, no pudo menos que aceptar que aquello era lo más natural. Lo extraño habría sido lo contrario.

Sin embargo, tuvo que reprimir su disgusto cuando Susana, simulando muy bien una fingida sorpresa, se acercó a él para decirle:

—¡Caramba, qué casualidad! Permita que le presente a miss Budge, mi institutriz.

—¿Se conocen?—preguntó la señora.

—Sí—contestó resuelto Andrés—. Su papá y el mío trabaron amistad en el hotel. Allí fuimos presentados.

—Si es así, está bien—dijo la institutriz, mientras examinaba con intensa curiosidad a Andrés.

Éste, animándose, dijo:

—Espero que no tendrán inconveniente en que las acompañe.

—Nada de eso—dijo Susana, buscando con la mirada el consentimiento de miss Budge.

Y como la acompañante no dijo nada y quien calla otorga, Andrés se puso al lado de Susana y los tres echaron a andar.

Hay que explicar que Susana era hija de unos ricos comerciantes franceses que estaban dando la vuelta al mundo con el objeto de proporcionar a su única hija la más amplia cultura. Miss Budge era la profesora encargada de hacer lo más instructivo posible el viaje, y, aunque Susana era más bien una niña dócil, más de una vez tuvo que maldecir la

cultura y a los que la inventaron. Su corta edad pedía un poco de diversión y no tantas visitas a los museos y asistencias a los conciertos, amén de aquellas interminables correrías en pos de los monumentos históricos.

¡Si al menos la hubiese acompañado un chico tan divertido como prometía ser este simpático Andrés que ahora iba a su lado gesticulando y hablando con singular animación!

Andrés estaba animado de verdad. Le hacía gracia sobre todo el acento marcadamente francés de la joven y le encantaban las palabras que sin querer soltaba de vez en cuando en su lengua materna.

Susana se encaminaba al museo. Y aunque malditas las ganas que tenía Andrés de meterse entre trastos viejos, no tuvo más remedio, para congraciarse con la institutriz, que manifestar un gran interés por el arte y la cultura.

En el museo se pararon delante de una bella reproducción de la célebre *Gioconda*.

—Ésa es Mona Lisa sonriéndose enigmáticamente—explicó miss Budge.

—Y ¿de qué se sonríe?—preguntó Andrés.

—De los hombres—respondió la profesora.

Andrés prefirió hacer como quien no se da cuenta de la indirecta y pasó a otra cosa.

Allí en una vitrina había un artefacto raro que parecía un pájaro disecado.

—Esto es un avión diseñado en 1503—explicó la profesora.

Andrés puso la cara de un hombre que no se deja vencer y en su fuero interno deseó que se terminara aquella broma y que le dejaran solo con Susana, a quien tenía que decir tantas cosas en serio.

Pero toda la astucia de los dos jóvenes fué inútil y la institutriz no les perdió ni un momento de vista. Con todo, la visita al museo había resultado agradable. Y aunque Andrés no se había enterado de nada, estaba satisfecho de haber pasado la tarde con la francesita aquella, cuya conversación tenía para él un encanto inefable.

Susana, que participaba de idénticos sentimientos, ante la perspectiva de perder a su amigo le dijo al despedirse:

—Andrés, ¿quisiera usted ir conmigo a una fiesta?

—¿Qué dice usted, Susana? ¡Claro que sí! ¿De qué se trata?

—La fiesta que da mi profesor de baile. Se llama un Cotillón.

—¿Vendrá también miss Budge?—pregunta Andrés.

—Sí. Estará muy bien, Andrés. ¿Acepta usted? Pasaremos un rato encantador.

—Es usted muy amable. ¡Claro que vendré!

Susana le alargó la mano al mismo tiempo que le dice:

—Se me olvidaba decirle que el vestido de noche será obligado. Supongo que usted tiene el suyo.

Andrés reacciona rápidamente:

—Por supuesto.

* * *

También Martita había abandonado el hotel después del almuerzo, encaminándose a cumplir lo que había prometido a los Lee.

No sabía Martita, inexperta como siempre en los lances de la vida, adónde iba, pues nunca como en estas circunstancias reza aquello de que las apariencias engañan.

Hablaremos de los Lee y de su inseparable amigo Esteban a fin de que el lector sepa a qué atenerse.

El matrimonio Lee y Esteban constituían un terceto inseparable de especuladores que bajo el rango social que ostentaban pretendían operar con más éxito. Ahora iban a la zaga del asunto que precisamente el juez Harvey había venido a discutir con el Senado. Como sabían de antemano que el punto de vista que el juez iba a sostener era contrario a sus intereses, trataban de buscar la forma de asestar un golpe en la reputación del digno funcionario que invalidara la fuerza de sus argumentos.

Como ya sabe el lector, trabaron conocimiento con el juez y su familia en el hotel. La impresión que sacaron de los vecinos de Carvel se resume en la expresión de la señora Lee, quien dijo, una vez se hubieron puesto fuera del alcance de ellos:

—¡Qué provincianos!

El marido asintió, pero añadió con su sentido práctico:

—Esto facilita el manejarlos a nuestro antojo.

—Mucho tacto, no obstante—observó Esteban—. Esto es para nosotros de vida o muerte. De aprobarse este proyecto nos vamos todos al agua.

—Eso digo yo.—Y, dirigiéndose al amigo, añadió la señora Lee—: ¿Te has fijado en la joven? Parece bastante boba.

—¿Quieres enredarme con ella?—preguntó Esteban—. Esto es muy viejo y no siempre sale bien.

Pero el marido, interviniendo, dijo:

—Oh, nada de esto. Tengo algo más sutil. Ya veréis. Creo que la chica nos servirá a nuestro gusto.

Y así habían acordado atraerse a su círculo a Martita,

quien, sin saber ahora lo que hacía, con el ánimo encendido en dulce expectación se dirigía a ver a sus anfitriones.

La recepción fué muy brillante y los dueños de la casa colmaron a la joven de atenciones, consiguiendo lo que se proponían, que no era otra cosa que ganarse la admiración y la confianza de la joven provinciana. Martita saboreaba como un éxito personal lo que no era más que una ofensiva contra su querido padre.

A su regreso al hotel, Martita se encontraba entusiasmada. Como sus padres le preguntaran cómo le había ido, la joven, con su incondicional ingenuidad, pintó con los colores más vivos que pudo la gentileza y el donaire de aquella gente, particularmente de Esteban, a quien creía haber enamorado.

—Encantador—decía—. Encantador. ¡Qué talento el de los Lee! A su lado soy una boba.

En aquel momento entraba Andrés, que había regresado también de su paseo, y al oír la última frase no pudo contenerse y tuvo que exclamar:

—Y ¿cuándo no lo eres?

—Cállate—replicó rabiando la interpelada—. ¿Crees que no he visto esta tarde con quien ibas?

Efectivamente, la hermana se había cruzado por la calle con Andrés y Susana sin que éstos advirtieran nada, abortos como iban en su amena charla. Andrés reaccionó rápidamente:

—Y ¿qué quieres decir con eso?—Y, dirigiéndose a sus papás, añadió—: Es una chica decente. Tiene institutriz y todo. Y me ha invitado a una fiesta.

—Bueno, bueno; pero ¿quién es?—preguntó la madre,

algo asombrada de las conquistas de su hijo, recién llegado a la capital.

—Pues la hija del señor Cortot.

Los padres se miraron recíprocamente en actitud interrogativa y con un ligero movimiento de espaldas dieron a entender que no daban ninguna importancia a la cosa, que consideraron una chiquillada propia de Andrés.

En cuanto a éste, una vez hubo abierto el pico ya estuvo insoportable toda la noche.

—El arte no se aprecia sin estudiar a Rembrandt y a Hals. Hay que ver los museos para ser una persona educada. Cultura es lo que hace falta. *Adieu* quiere decir en francés “Adiós”, y “Buenos días” se dice en francés *Bon jour*.

—¡Cállate de una vez—dijo el juez—y vete a la cama!

—Y, dirigiéndose a su mujer, añadió—: ¿Qué le pasará a este jovencito?

Martita contestó:

—Cultura... con un par de ojazos negros y acento francés, he aquí lo que le pasa. Y dime, papá, ¿qué se discute en eso de los servicios públicos?

El padre dejó el diario que tenía en la mano y, mirando algo extrañado a su hija, dijo:

—¿A qué viene esta pregunta? ¿Desde cuándo te interesas por las cosas de la política?

—Oh, padre, ya verás. Los Lee y Esteban estuvieron todo el rato hablando de estas cosas y yo sufrí lo indecible porque no sabía qué decir.

—Pues Martita, se discute si alguien puede tener el monopolio de los servicios.

—¿Y puede tenerlo?

—Todo ciudadano puede manejar sus negocios sobre bases honradas, he aquí la verdad. ¿Conque los Lee se interesaban por la cuestión del monopolio?

Padre e hija estuvieron aún platicando un buen rato y el juez no salía de su sorpresa al ver el interés repentino que había tomado Martita por las cosas que él traía entre manos.

Entretanto llegó la hora de acostarse y la familia Harvey dió por terminada su jornada. El padre, contento porque las cosas se desarrollaban sin incidentes. La madre, ya más tranquilizada al ver el rumbo con que todo marchaba aquí. La hija, con la ilusión puesta en Esteban y la esperanza de poder pronto frecuentar de nuevo a los Lee, en cuya casa pensaba hacer brillantes relaciones. En cuanto a Andrés, tardó mucho en dormirse, pensando en la enojosa cuestión del *smoking*.

¡Quién le había de decir que lo que había podido evitar en su pueblo natal se le presentaría ahora de nuevo en forma inaplazable! Requería tener un vestido de etiqueta si no quería echar a perder la magnífica velada que le había ofrecido Susana.

LAS ANDANZAS DE MARTITA Y DE ANDRÉS

Pronto los señores Harvey se inquietaron por el rumbo que tomaban las cosas respecto a Martita. Los Lee multiplicaron las invitaciones y Esteban se empezó a prodigar

en demasía. Además, se necesitaba estar ciego para no ver que la niña estaba demasiado interesada con aquellas relaciones. ¿Cómo podía ser tan ligera de cascos y olvidar tan pronto a Weine, al bueno de su novio?

Los padres, que con la intuición propia de los que se interesan por un ser querido ofateaban algo raro en la conducta de aquellos presuntos aristócratas que tanto interés mostraban por la chica, empezaron a discutir el caso.

Llegaron a una decisión cuando vieron que Martita había aceptado el asistir a un baile de máscaras, para el cual la propia señora Lee le había facilitado el vestido.

Entonces optaron por poner una llamada telefónica a Weine, rogándole que se decidiera a venir a pasar unos días con ellos en Wáshington. Le invitaban sin más ni más. Inútil decir que esta diligencia la hicieron sin decir ni una palabra a Martita.

Al obrar así los padres pensaban que la presencia del novio refrenaría el torbellino de diversiones en que andaba metida su hija y la obligaría a pensar con más seriedad en sus compromisos, recordándole que estaba en Wáshington de paso y que tenía que tener presente lo que le sucedió en las pasadas vacaciones.

Dicho y hecho. Se mandó el telegrama al bueno de Weine y los padres optaron por no oponer aún ninguna resistencia a las veleidades de su hija, confiando en el remedio que habían concertado. De todos modos no les hizo mucha gracia la llegada de Esteban, disfrazado de mosquetero, cuando vino al hotel en busca de su hija. Aquella mascarada les pareció ridícula e impropia de una chica como Martita.

Pero Martita, envuelta en su juvenil presunción, era ciega al ridículo en que se metía y se fué al baile. Allí los

Lee, con la ayuda de Esteban, aprovecharon el tiempo haciendo hablar por los codos a Martita.

Se llevaron a la provinciana a un salón aparte, queriéndole significar así el interés que se tomaban por su persona y por su conversación. Allí, previamente, habían instalado un aparato registrador de la voz. Martita, víctima inocente de aquel malvado ardid, repitió como pudo algunas de las frases que había oído a su padre el día anterior cuando ella le pedía explicaciones respecto a la cuestión que estaban discutiendo en el Senado.

Los Lee pensaban sacar un enorme partido de aquellas frases confidenciales que ahora, con imperdonable ligereza, nada menos que la propia hija del juez prodigaba delante de ellos. La placa que registraba la voz de Martita sería un documento irrefutable que tenía que asestar un golpe funesto al prestigio de Harvey.

El Estado le había confiado una alta misión, en la que la discreción es obligada, y ahora resultaría que su única hija se iba de fiesta con amigos desconocidos para revelarles el pensamiento y los propósitos de su padre.

Harvey no sospechaba aún en qué llo le estaba metiendo la inconsciencia de su hija, que por lo visto no había escarmentado todavía con lo que le sucedió en la playa de moda donde estuvieron últimamente. Justamente el juez tenía aquella noche un poco de jaqueca que le había obligado a meterse en la cama muy pronto.

Andrés estaba nervioso por la cuestión de su *smoking*, y el tiempo apremiaba. Así es que, aprovechando la ausencia de la hermana y la distracción de su madre, que estaba muy atareada con cierta correspondencia, se metió en la habitación de su padre, dispuesto a dar la batalla decisiva.

—*Bon soir*, es decir, buenas noches—dijo al entrar.

Su padre estaba justamente en aquel momento tratando de encontrar algo en la mesa de noche.

—¿Qué buscas?—preguntó solícito Andrés, pues estaba dispuesto a conquistar el ánimo de su padre a fuerza de atenciones.

—Nada, que tu mamá es maravillosa para esconder la aspirina.

—Andrés, que sabía por casualidad dónde estaban las pastillas, se las trajo corriendo, preguntando tan pronto como el padre se hubo tomado una de ellas:

—¿Qué? ¿Te encuentras mejor? ¿Quieres algo más?— todo esto dicho con un tono tan vehemente, por no decir dramático, que el padre, sospechando que Andrés llevaba oculta alguna intención, no pudo menos que decirle:

—Déjate de hablarme en esta forma como si estuviera agonizando. Si quieres decirme algo, dímelo, pero no hagas comedia.

—Sí, papá. Tengo que hablarte. ¡De hombre a hombre!

El juez se incorporó, mirando fijamente a su hijo.

—De hombre a hombre. Necesito veinte dólares—dijo, bajando la vista, el muchacho.

El juez reclinó de nuevo su cabeza encima de la almohada, ya más tranquilo, y preguntó:

Esto es un montón de dinero. ¿Para qué lo quieres?

—Para un *smoking*—respondió Andrés, resuelto a librar la batalla—. Me salí de Carvel porque no tenía *smoking* y ahora Susana me invita a un Cotillón de etiqueta.

—Y ¿qué pasa con Susana? ¿Te gusta?

—¡Mucho!

—¿Y tú le gustas a ella?



—Pierde cuidado, nenita. En cuanto logre mejorar mi posición, nos vamos a casar.



—Ha estado haciéndome burla.



— Ha sido ella. Quería quitarme el periódico.



— Vamos, apúralo ya de una vez, papá.



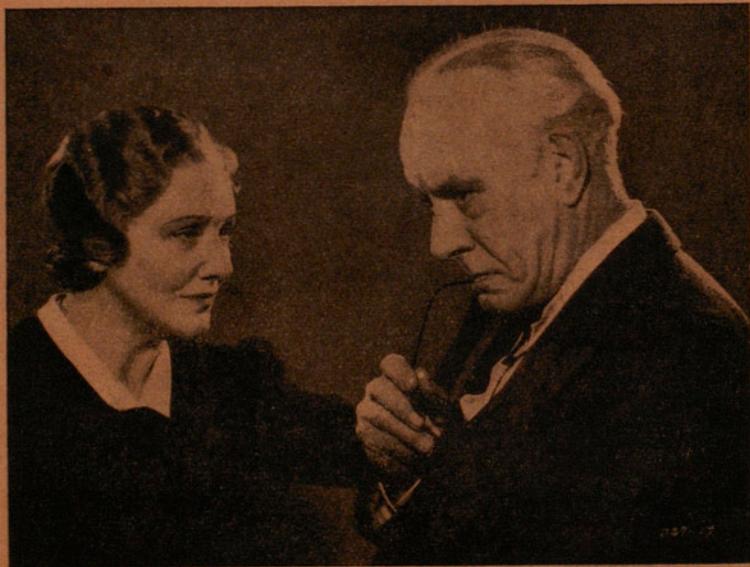
— Hemos venido a desearles un buen viaje.



— Ahora veremos hasta cuándo te va a durar.



— ¿No le parece que este vals es un poco lento?



— No sería digno de ti, Marta, si no hiciera todo lo posible para vencer.

—No lo sé. No he tenido ocasión de estar con ella a solas para convencerme.

—Y este baile ¿te daría la oportunidad que ansías?

—Así lo creo. Miss Budge no se opondrá a que baile con ella.—Y poniéndose sentimental añadió—: Papá, cuando tenías mi edad, ¿eras como yo?

—¿Qué quieres decir con esto?

—Si también te gustaban todas las chicas guapas. A veces dudo de si soy una persona normal, al ver como me gustan todas.

Su padre se sonrió ligeramente y dijo:

—Bueno, ¿cuesta veinte dólares el *smoking*?

—No, cuesta veinticinco; pero ya tengo los otros cinco, puesto que Weine me los prestó.

—No me gusta esto de los empréstitos a tu edad. ¿Cómo se los devolverás?

—¡Oh! Ya es cosa convenida. A razón de veinticinco centavos por semana.

El juez reflexionó un instante. No quería negar a Andrés su *smoking*, pero quería aprovechar la oportunidad para sus fines pedagógicos, puesto que su hijo no hacía un papel muy brillante en la escuela de Carvel. Por fin dijo:

—Te haré una propuesta. Prométeme ir a la cabeza de tu clase durante tres meses y... tendrás el *smoking*.

Dando un brinco de contento Andrés exclamó:

—¡Oh, eres un *homme merveilleux*!

—Eso en francés quiere decir que soy un pimpollo, ¿no es eso?

—Tú lo has dicho—repuso Andrés, que no cesaba de manifestar su contento y al mismo tiempo su impaciencia por ver en su mano los veinte dólares.

Éstos no tardaron en salir del chaleco del digno juez, quien se los remitió a su hijo, el cual, no acordándose ya de la dolencia de su padre, fué a cantar su triunfo a las estrellas que parpadeaban a través de la ventana de su habitación.

* * *

Martita llegó muy tarde del baile de máscaras. Poco sospechaba que, mientras se estaba divirtiendo, su novio, Weine, se encontraba en un vagón de ferrocarril viajando hacia Wáshington para reunirse con ella.

El día siguiente le tenía reservada esta sorpresa, que no fué precisamente agradable, puesto que Martita, con su egoísmo de coqueta, no quería ninguna intromisión que pudiera perturbar su rumbo actual. Weine era en esta circunstancia el peor aguafiestas que podía presentarse.

Pero Weine se presentó y, para agriar más la cosa, temprano por la mañana, cuando la joven no había terminado aún su *toilette*. La presencia de su novio en tales circunstancias acabó de indisponer a la jovencita, quien, al verle, exclamó:

—¿Desde cuándo te dedicas a espiarme? ¿Cómo has venido donde no se te esperaba?

Weine, que era un hombre prudente, no quiso decir nada del telegrama para no comprometer los propósitos de los padres y replicó por toda respuesta:

—¿Es que puede extrañarte que te eche de menos? ¿Qué tiene de particular que quiera estar a tu lado? Han transcurrido muchos días sin verte y nunca habría podido sospechar que me recibieras de esta forma.

Martita, repuesta un poco de la sorpresa que le ha ocasionado la aparición inesperada del novio, y, además, sensible a la emoción de Weine, trata de moderar algo su enojo.

—La verdad es que no te esperaba. Nunca pensé que... me seguirías hasta aquí.

—¿Y te disgusta que te “siga”?

—Naturalmente. Es cosa de provincianos. Lo tendrías que comprender.

—¡Oh, ya lo veo!—añadió Weine, que empezaba también a irritarse—. Mi presencia compromete tus planes. Mucho te ha cambiado Wáshington.

—Tal vez me ha pulido un poco más. He aprendido los requisitos sociales.—Y, subiendo de nuevo la voz, exclamó—: Y es hórrido de tu parte venir a espiarme.

A pesar de que Weine era hombre de muy buenos modales, no pudo oír más. Por segunda vez se le trataba de espía. No pudo reprimirse y, furioso, se marchó, cerrando con gran violencia la puerta.

El estrépito fué tremendo y puso en alarma a toda la casa, acudiendo los padres para ver qué sucedía. Éstos encontraron a Martita llorando.

Tuvieron que esperar un rato hasta que, el llanto terminado, su hija se encontrara en condiciones de justificarse. Finalmente supieron a qué atenerse, imaginando, a través de las palabras que dijo Martita, la escena poco cortés que acababa de desarrollarse allí.

Entonces fué cuando el padre, para desquitar a Weine, explicó:

—Vamos, Martita, has sido injusta. Fuimos nosotros quienes, queriéndote dar una sorpresa, pusimos un telegrama a Weine.

Al oír esto la joven se incorporó y con ojos muy abiertos y tratando de conjurar el llanto, que amenazaba prorrumpir de nuevo, exclamó:

—¿Vosotros?

El padre, viendo que el remedio era peor que la enfermedad, trató de explicarse:

—Sí, yo. Necesitamos aquí un ingeniero para que nos ayude en ciertos aspectos del proyecto que estamos elaborando y pensé en Weine...

Pero Martita ya no le dejó concluir. ¿Qué entendía ella de aquellas cosas? No veía más que a sus padres metiéndose en sus asuntos.

—¿Por qué los padres son siempre tan entrometidos?— y las lágrimas volvieron a correr abundantes rostro abajo.

El señor Harvey y su esposa optaron por la retirada, entendiendo que era imposible discutir con su hija mientras no se pusiera más razonable.

Lo que sucedía a la joven era algo muy comprensible. No se hacía ilusiones desde que había tenido tiempo de reflexionar un poco. Su vida con los Lee no podía ser para ella una cosa definitiva. No olvidaba que había venido de Carvel y que allí regresaría pronto. Por esto, en medio de la embriaguez que le producía el ambiente de lujo en que vivía desde hacía algunos días, el recuerdo de su condición y de su destino venía a enturbiarle la nitidez del placer y a producirle un sentimiento humillante, del cual ella era la primera en avergonzarse.

Estaba, pues, nerviosa, porque presentía lo falso de su situación. Y ahora llegaba el novio, como para recordarle mejor lo que justamente quería olvidar.

Adivinaba que lo que era para ella un acontecimiento

mundano indescriptible debía ser para los Lee un simple episodio de su vida de alto rango, que olvidarían tan pronto como ella regresara a su ciudad natal. En cuanto a Esteban, ¿qué pretendía de ella?

Este interrogante la torturaba. El amigo que siempre estaba presente en casa de aquel joven matrimonio parecía muy interesado para con ella, pero su corazón femenino sentía a su lado una sensación de inseguridad, como si las palabras que con tanto placer escuchaba no arrancaran de un ímpetu de sinceridad. Y su vanidad de mujer sufría al presentir que no se la consideraba con toda seriedad. Pero, al mismo tiempo, no pensaba ni quería rebelarse; tan grato le era verse rodeada de gente tan distinguida.

Sus padres, no obstante, no podían sin más ni más excusar su torpe conducta; pero su amor hacia su hija les incitó a dejarla tranquila de momento, esperando hacerla entrar en juicio más tarde. Además, el señor Harvey empezaba a creer que parte de la culpa de lo que le sucedía recaía sobre él, puesto que ocupado en los trabajos del Senado había olvidado demasiado los deberes para con su hogar.

Era necesario aclarar la situación y ver lo que había respecto de los Lee, que de esta forma habían cambiado a Martita. Mientras tanto, más urgente era explicarse con Weine, que era un chico de todas prendas que no merecía la acogida que se le había dispensado. El juez estaba obligado a ello, puesto que, después de todo, si Weine se encontraba en Washington, era por él.

Weine se había retirado a las habitaciones que el juez le había hecho reservar en el mismo hotel donde moraba la familia. Allí dirigió sus pasos el digno hombre para char-

lar con el ingeniero y tratar de justificarse y justificar al mismo tiempo a su hija.

—Nada, querido amigo. Nos hemos equivocado—empezó diciendo el juez—. De acuerdo con mi mujer, creí que la presencia de usted nos haría un buen servicio y ya ve cómo se ha alzado la tormenta.

—No se preocupe. Ya pasará. Martita es así. ¡Por lo que va a durar esta vida del gran mundo!

—Me gusta encontrarle tan razonable. Esto no quita que ella se haya portado muy mal con usted.

—Dejemos esto, señor juez. En Carvel, donde nos reuniremos pronto, veremos las cosas en su exacta perspectiva. Martita me ama. Estoy seguro de ello. Y en cuanto Washington con sus mirajes se haya desvanecido, ella volverá a mí con más vehemencia que nunca.

—No me cabe la menor duda, querido Weine.

Dando, pues, por listo el asunto, Weine pasó a otra cosa y, al mismo tiempo que ofrecía un cocktail a su visitante, dijo:

—Por cierto que, señor juez, no quisiera alarmarle, pero noto que las cosas, respecto al asunto del monopolio, no van como sería de desear.

—¿Qué quiere decir?

—¿No ha visto cómo han subido las acciones de los Courtney? Esto quiere decir de una manera irrefutable que la tesis que usted defiende amenaza irse por los suelos, puesto que sus enemigos cobran confianza delante del crédito público.

—Aquí hay gato encerrado—dijo el juez, preocupado.

—Yo creo que alguien ha soplado algo. Que usted es víctima de un indiscreto.

—¿Quién podrá ser?—se preguntó Harvey.

—Andese con cuidado. El éxito estriba en la discreción y un secreto a voces le podría perjudicar.

Esto no se lo tienen que recordar al juez Harvey. Las palabras del amigo, con ser duras, son aún cortas. El alcance de la cuestión no escapa al digno funcionario de Carvel. Su misión es de las más delicadas y el éxito de la misma depende de que nadie sepa nada de lo que se trae entre manos el ministerio del Interior, que ha puesto su confianza en él. Un secreto de Estado en manos de sus enemigos no sólo significaría el fracaso de su misión, sino también, lo que sería mucho más grave, su descrédito.

¡Esto le faltaba al señor Harvey! A sus contratiempos domésticos viene ahora a añadirse esta alarma que acaban de infundirle las revelaciones de Weine. No sospecha que las andanzas de Martita y el mal cariz que toman sus cosas tienen una estrecha relación entre sí y que cortar a tiempo lo primero habría sido la manera de evitar lo segundo.

UN BAILE QUE TERMINA MAL

Podemos decir que en el hogar de los Harvey sólo Andrés era feliz. Tenía ya encargado el *smoking*, cuyo importe estaba satisfecho, y se moría de impaciencia esperando el día siguiente, en que debía estrenarlo, concurriendo al Co-tillón a que le había invitado la linda francesita.

Pero poco sospechaba el travieso muchacho que se iba a venir encima un chaparrón imponente. Algo que ya él mismo había olvidado. Algo de allí abajo, de Calver..., de la escuela. El pasado nosotros lo podemos olvidar, pero él no nos olvida a nosotros.

Es el caso que el día anterior a la marcha de la familia a Wáshington habían aparecido en la escuela unos pasquines incitando a los colegiales a rebelarse contra ciertos profesores que, a juicio de los redactores de aquel manifiesto clandestino, no merecían ser obedecidos. Los papeles en cuestión no podían pasar inadvertidos al señor Harvey, quien, conociendo como conocía a su hijo, sospechó en seguida de él.

Con la marcha precipitada a la capital el enojoso asunto había sido olvidado y Andrés, que ya se arrepentía de su imprudencia, empezaba a tranquilizarse pensando que el caso no tendría consecuencias. Pero he aquí que uno de los pasquines vino de nuevo a manos del juez, que lo tenía olvidado en uno de sus bolsillos, y el digno padre llegó a extrañarse de cómo había podido olvidar aquel asunto que tenía indudablemente su importancia.

No estaba dispuesto a tolerar semejantes desplantes y menos en la persona de su hijo, que por tratarse del hijo del juez civil de Calver debía dar el ejemplo a todos y no precisamente, como resultaba, incitarlos a la desobediencia.

Entendiéndolo así llamó a su hijo y, sin mediar explicación previa, bruscamente, le tendió el pasquín comprometedor, preguntándole:

—¿Tienes algo que ver con esto?

El procedimiento surtió su efecto, puesto que, cogido de

sorpresa, el chico no pudo disimular su susto. Incluso se sonrojó un poco. Estaba descubierto.

Andrés entendió que lo mejor era confesar, puesto que difícilmente habría podido resistir el interrogatorio de su padre, maestro consumado en el arte de echar abajo las tretas de un adversario. ¡Por eso era abogado!

—Si pudiera decirte mentiras, lo negaría, papá... Pero no puedo...—dijo el jovencito, todo afligido.

No parecía el mismo, el terrible Andrés audaz y travieso. Estaba desconocido ante la mirada acusadora de su padre.

Confesó, primero, que había ayudado a imprimir aquel pamfleto...; después... se atrevió a confesarlo todo, a fin de terminar más pronto el interrogatorio.

—Yo mismo lo escribí—dijo con voz apagada—. Y por toda defensa añadió—: Bueno, padre. Tú veneras a Wáshington. ¿No fué acaso un rebelde?

El señor Harvey no estaba para bromas y dijo en tono firme:

—Será porque yo venero profundamente la ley, pero por primera vez en la vida has logrado herirme.—Y añadió—: ¡Ponte el sombrero! Vamos a pasear.

Andrés obedeció al momento, aunque no comprendía a qué venía ahora la idea de un paseo. Esperaba el castigo, pero no acertaba a adivinar por dónde vendría y en qué forma. Sin tenerlas todas consigo salió andando detrás de su padre, que ya había bajado al vestíbulo.

Los dos salieron a la calle. Hacía un sol espléndido. Era una de esas tardes de otoño en que el tiempo parece que añore los buenos días que van quedando atrás y se resista a entregarse al viento y a la niebla propios de la estación

que se acerca. Temperatura agradable, con una ligera brisa que refresca suavemente el aire. El ambiente comunica optimismo y el juez Harvey parece salir de su mal humor y empieza a poner más buena cara a las circunstancias.

Andrés, que sigue a su lado sin decir palabra, experimenta también la sensación de aquella bendita tarde y se felicita de que el buen tiempo comunique a su padre buenas disposiciones.

Andando, sin romper el silencio, llegaron delante de la casa que habitó Wáshington antes de que el Presidente escalara la más alta magistratura del país. Los americanos conservan la casa con toda escrupulosidad y hoy puede verse tal cual estaba cuando el genial estadista vivía en ella.

En la fachada aparece una placa de mármol, en la que en letras de oro está escrita la célebre declaración de la Independencia y de la Constitución de los Estados Unidos.

Padre e hijo se situaron frente a la casa y entonces aquél, saliendo de su mutismo, dijo con voz cuyo acento revelaba una sincera emoción:

—¡Pensar que Wáshington vivió realmente ahí! Y aquí soñó y sufrió.—Y enfrentándose con su hijo añadió—: Andrés, me has dicho que también Wáshington era un rebelde. ¡Cuidado con tus palabras! Hay muchas clases de rebeldes, en todo caso. Los abnegados son pocos...; los egoístas abundan. No quieras ser uno de éstos. Aprende que Wáshington fué de los que primero predicán y luego... luchan. Pueden llamar a Wáshington un rebelde, pero él tuvo en todo tiempo un ideal noble y honrado y no buscó nunca su bien propio, sino que se sacrificó siempre por el bien de los demás. —Y después de una pausa prosiguió—: Antes de dejar esta casa para ser Presidente dijo a su esposa: "Marta, me siento

como un reo a quien llevan al cadalso." Y dijo esto porque no iba allí para sacar un provecho personal, sino para luchar y sufrir por sus compatriotas. Andrés, escúchame. En esto se conocen los héroes y se distinguen de los charlatanes. Cuando tú pretendías rebelarte, ¿buscabas el bien de tus compañeros o sólo el pretexto para distinguirte y armar escándalo? ¡Responde!

Andrés, que se había impresionado por la emoción que traslucían las palabras de su padre, respondió:

—Tienes razón, papá. Me arrepiento.

—No hay bastante con arrepentirte. Harto cómodo es esto. Tienes que recibir un justo castigo, pues ya eres demasiado grande para cometer estas bribonadas que tan mal parado me dejan a mí.

—Bueno, tienes razón también en esto. Di: ¿qué debo hacer?

—No debes hacer nada; al contrario, abstenerte de hacer. No estrenarás el *smoking* hasta dentro de treinta días.

Estas palabras cayeron como un rayo sobre el pobre Andrés, quien, sin poderse contener, exclamó:

—Pero papá, ¿y mi Cotillón?

—¡Ah! ¿Conque crees que un castigo puede ser grato? ¿Dónde estaría entonces el castigo? Nada; lo dicho. No hay Cotillón. A menos que quieras ir con el vestido que llevas.

—¡Oh, papá! Bien sabes que esto es imposible.

Pero nada, papá estaba insobornable, y así volvieron al hotel después de la visita a la casa de Wáshington sin que Andrés hubiera conseguido el indulto.

Cuando se sentaron a la mesa los Harvey ofrecían un triste espectáculo. Todo eran caras largas y nadie tenía ape-

tito. Verdaderamente, la estancia en la capital empezaba a ponerse fea.

La madre, que no sabía nada de lo ocurrido entre su marido y Andrés, al ver a éste que también participaba de la congoja general, preguntó:

—Pero ¿qué tienes, Andrés? ¿Es que Susana no te ha mandado la invitación?

—Sí, mamá, pero no voy al baile. Estoy castigado. Treinta días sin *smoking*.

Informada por su marido de lo ocurrido, la buena señora, desesperada y víctima de sus nervios, ya bastante excitados por lo sucedido con Martita, exclamó:

—¡Oh, Martita es desdichada, papá tiene jaqueca y ahora esta pena para Andrés!—Y, sin más, echó a llorar.

Harvey, viendo el cariz que tomaban las cosas y deseando evitar estas escenas de familia, dijo consternado:

—Ya sabía que me iba a tocar el papel de villano. Oye, mi querida: ¿te consolarás si permito a Andrés que se ponga el *smoking*?

La madre, como siempre hacen las madres en estas circunstancias, abogó en favor de su hijo, y el señor Harvey, viendo su partida perdida, no tuvo más remedio que consentir en levantar la condena.

—Bien considerado, no debes dar un chasco a Susana. Si ella te espera, no la vamos a castigar sin que tenga ninguna culpa. Anda, ve a vestirte, Andrés.

Éste no se lo hizo decir dos veces. Sin terminar de cenar, subió de tres en tres los escalones que conducían a su habitación y allí, presa de febril impaciencia, empezó a desvestirse para ponerse en seguida el *smoking*.

¡Oh, pobre chico! Nunca en su vida había sudado tanto.

Sólo el que sabe lo que es ponerse por primera vez esta sutil prenda de vestir comprenderá los apuros que pasó Andrés delante del espejo. Cuando no era un botón que saltaba, era la manga que se arrugaba. Ahora la corbata no aparecía por ninguna parte, los zapatos de charol se resistían a entrar... Por fin salió con la suya y pimpante y con soberbia arrogancia se presentó como un hombrecito delante de sus padres.

Éstos dieron su beneplácito, no encontrando ninguna objeción que formular en cuanto al vestido, pero sí en cuanto al peinado, puesto que Andrés, como cosa muy suya, no había dado importancia a este aspecto de su *toilette*; por lo que tuvo que entrar de nuevo en su habitación, donde bajo la mano experta y cariñosa de su madre sus cabellos fueron alisados y perfumados por primera vez en su vida.

Andrés pudo comprobar delante del espejo la transformación que acababa de experimentar, y, creyéndose el árbitro de la elegancia masculina, salió corriendo en dirección a la casa del profesor de baile de Susana, donde tenía lugar la fiesta.

No encontrándose con el humor necesario para asociarse al jolgorio que se armaba alrededor del primer *smoking* de su hermano, Martita se había retirado a su habitación. Al marcharse Andrés, marido y mujer se quedaron pues solos. Los dos, sin decirse nada, estaban ocupados por idénticos pensamientos. Consideraban con melancolía la carrera de los años.

Andrés con *smoking*. Parecía ayer que el niño empezaba a darles los primeros disgustos. ¡Cómo había crecido! ¡Cómo se iba independizando aquel niño que ayer aun iba de la mano de su madre a las compras!

—¡Cómo ha crecido Andrés!... Mi nene es ya un hombre—dijo la señora.

Por toda respuesta su marido la cogió por el talle en amoroso abrazo diciéndole:

—Sí, y nosotros nos vamos volviendo viejos. Pero mira, el otoño de la vida me parece la estación más bella de nuestra existencia.

A la señora Harvey se le humedecieron los ojos con alguna furtiva lágrima y para escapar a la dulce emoción que la embargaba se retiró a su cuarto sin apenas dar las buenas noches a su querido esposo.

El señor Harvey, comprendiendo la emoción que hacía presa en su querida mujer, discretamente se eclipsó. El buen hombre se sentía feliz considerando el éxito de su larga vida conyugal. ¿No habían sabido guardar los dos un inquebrantable cariño, defendiendo su mutuo amor de la acción demolidora de los años? El juez había hablado del otoño de la vida. Sí, lejos ya los arrebatos amorosos de la juventud; pero ahora se encontraban serenos y firmes con el fuego inextinguible de un cariño eterno.

* * *

No llegó tarde, que digamos, Andrés al baile. Con todo, Susana encontró que se había hecho esperar mucho. Él le dijo, no obstante, que venía dispuesto a ganar el tiempo perdido.

La fiesta estaba en plena ebullición. La concurrencia llenaba completamente las estancias que constituían la acade-

mia de baile del profesor Alberto, experto en bailes de salón y de época.

La cosa estaba dispuesta de tal forma que todo el mundo quedaba aparejado y ya era cuestión convenida que la pareja de Andrés era Susana, por lo que se ofrecía al muchacho la ocasión de estar con la simpática francesa toda la velada. Sólo que Andrés encontraba que había demasiada gente; por lo cual dijo, después de haber bailado un vals:

—Escuche, Susana: ¿qué hace uno aquí cuando quiere tomar el fresco?

—Afuera hay un jardincillo—contestó la chica.

—¿Jardincillo ha dicho? Esto es lo que me conviene. Quiero decir esto es lo que nos conviene.—Y tomando a Susana por la mano añadió—: ¿No quiere que... salgamos a tomar el aire?...

—No diré que “sí” ni diré que “no”.

—¡Ah, Susana! Usted es tan divina, que no se atreve uno a tocarla—y mientras decía esto no se daba cuenta Andrés de que estaba mintiendo, puesto que tenía cogida a la muchacha por la mano.

—¡Oh, Andrés! Es usted encantador—es todo lo que sabía decir la muchacha con aquel acento francés que era uno de sus mayores encantos.

A todo esto la niña que no quería decir ni “sí” ni “no” en la cuestión de tomar el fresco, optaba por quedarse en el salón, con gran desesperación de Andrés.

En aquel momento la música empezó a tocar un fox lento muy de moda años atrás, y cuando Susana se disponía a arrastrar a Andrés a la danza éste dijo:

—No me gusta esta música. Es demasiado lenta. Prefiero cien veces el "Big Apple".

—¡Qué nombre más bonito! ¿Cómo es este baile? El profesor no nos ha dicho nada del... ¿cómo se llama?

—Claro que no les ha dicho nada del "Big Apple". Es la última novedad. Acaba de llegar del Oeste, de las playas de California. Es facilísimo de aprender.

—¿Sí? Pues tendría que enseñármelo a bailar.

—De mil amores. Pero necesitamos otra música. Algo más dinámico..., más estrepitoso...

Diremos que Andrés aprendió este endiablado baile durante sus vacaciones viéndolo bailar a la chica aquella que conoció allí en el balneario. Se trataba de un baile, si así puede llamarse, exótico y extravagante que se bailaba con un general estremecimiento de las piernas al son de una música de gran empuje rítmico, a toda velocidad. Esta "novedad" es la que pretendía introducir en aquella distinguida academia nuestro hombrecito.

Puesto de acuerdo con los músicos, al son de la orquesta, Andrés empezó a hacer el payaso con el general regocijo de los presentes, todos gente joven, que se entusiasmó con aquella alteración del programa.

Como que el baile en cuestión no ofrecía ninguna dificultad, ya que no consistía más que en patear y aullar de vez en cuando, pronto Andrés tuvo imitadores que quisieron competir con él para granjearse el favor de las chicas, que se divertían de lo lindo con aquella improvisación. Y no tardó mucho Susana en salir también a bailar, viendo lo cual sus compañeras no vacilaron en imitarla.

Total, que el salón de la digna academia de baile, tan acreditada dentro la buena sociedad de la capital, ofrecía

entonces un espectáculo manicomial. La danza no llevaba trazas de interrumpirse y Andrés estaba entusiasmado ante su éxito personal; pero, desgraciadamente para la gente joven, las personas mayores que se hallaban en la habitación contigua, atraídas por aquel ruido infernal, hicieron irrupción en la sala.

Lo que sucedió entonces ya lo puede suponer el lector. Allí estaban el profesor y la señora Budge. Y allí estaban los chicos y las chicas algo confundidos al verse de esta manera sorprendidos. La orquesta había parado en seco y cada uno volvía a su sitio, cuando el profesor, con el aire digno que siempre acompañaba a sus palabras, preguntó:

—¿A quién se debe este ultraje?

—Yo soy el responsable—respondió resuelto Andrés.

—Pues sepa usted, y también ustedes, que estos bailes salvajes están prohibidos aquí.

Mientras tanto la señora Budge, cogiendo a Susana por la mano pretendía llevársela, al mismo tiempo que le increpaba duramente su conducta:

—Se lo diré a tu padre. ¡Qué vergüenza! Una chica como tú metida en esta payasada.

—¿Por qué no me culpa a mí?—exclamaba Andrés, que había acudido al lado de Susana—. ¡Yo empecé!

—Cúidese usted de sus asuntos y despídase de Susana. La señorita necesita mejor compañía—contestó la institutriz. Andrés, furioso, replicó:

—¿Qué dice usted?—Y dirigiéndose a Susana—: ¿Verdad, Susana, que nos volveremos a ver?

Ésta hacía que "no" con la cabeza y añadía sin poder contener el llanto:

—Papá... papá... me dice que obedezca siempre a miss Budge.

—Vamos, no hay para tanto. Si tengo que presentar mis excusas las presentaré; pero aquí, que yo sepa, no ha sucedido nada malo.

Pero miss Budge no opinaba igual y, dirigiendo por última vez una mirada llena de altivez y de desprecio a Andrés, se llevó con ademán brusco a Susana.

Furioso, Andrés, exclamó en voz alta como dirigiéndose a todos los allí presentes:

—Manada de presuntuosos. ¡Qué gente!

Y, comprendiendo que la fiesta estaba terminada y bien terminada, cogió el sombrero y la bufanda y, sin despedirse de nadie, salió a la calle.

En mala hora había estrenado el *smoking*. ¡Cuántas horas suspirando detrás de aquella prenda que ahora maldita la gracia que le hacía! Más cómodo podría ir. ¡Maldita elegancia y aristocracia y valsos lentos y todo lo demás! He ahí que cuando empezaba a divertirse, todo se fué al agua. Corta fiesta tanto tiempo deseada. Y, por añadidura, ¡adiós a Susana!

Ya no vería más a la preciosa chiquilla. Su inseparable institutriz le tenía por un malcriado y allí estaba la maestra para no permitir que su pupila tuviera tratos con personas de su ralea.

—Manada de presuntuosos. ¡Qué gente!—repitió ahora en voz baja el elegante hombrecito.

En aquel momento pasó por su mente la imagen de otra chica. Una imagen que le era muy familiar, aunque muchas veces la olvidara. La imagen de una chica risueña, algo tímida, pero encantadora, que había dejado en Calver y que

se llamaba Polita. Nuestros lectores ya la conocen. Era con ella que habría estrenado el *smoking*, de no haber sido el viaje a Wáshington.

Ahora, al meterse en la cama, Andrés considera que nada tiene que hacer en la capital. La vida en Calver es más divertida. ¡Ojalá su padre termine pronto este asunto del Senado y puedan volver en breve a su pequeña ciudad, donde le esperan tan buenos compañeros y... la simpática amiguita que tan triste se quedó cuando se marcharon!

EL JUEZ HARVEY TRIUNFA DE SUS ENEMIGOS

El día siguiente reservaba una desagradable sorpresa al juez Harvey. Justamente los trabajos de la Comisión que presidía habían terminado el día anterior y su cometido en la capital podía darse también por acabado. Había que pensar en el regreso, que toda la familia deseaba, puesto que incluso Martita empezaba a abrir los ojos respecto al verdadero sentido de su vida rumbosa en Wáshington.

Desgraciadamente era ya demasiado tarde. La jovencita, víctima de su presunción juvenil, había servido a los enemigos de su padre, los cuales habían sabido halagar su condición de mujer coqueta y ganarse así su confianza. El mal uso que hicieron de ésta es lo que verá ahora el lector.

Hemos dicho que el día amaneció amenazador para el digno juez de Carvel. Efectivamente, cerca de las diez acudió a visitarle Esteban, el amigo del nefasto matrimonio, quien, después de ser introducido en la habitación que ocupaba el señor Harvey, dijo:

—Seré breve, juez, o... ¿debo llamarle "Comisionado"?

Nada bueno auguraba el interpelado de esta visita. Bien se veía que el joven no venía en son de fiesta y que Martita no le preocupaba lo más mínimo. El ademán arrogante de aquel yanqui que tantas veces había sido recibido como un gentlemán por la confiada familia de Martita dábale hoy el aspecto de un desconocido.

Harvey respondió a la pregunta que acababa de formularle Esteban:

—Llámeme juez... La Comisión clausuró ayer sus sesiones. Mi tarea de comisionado está terminada.

—Esto pensaba yo. Y la Comisión fallará en favor o en contra del monopolio Courtney, cuyos intereses yo represento. ¿No es eso, señor juez?

—Eso mismo.

—Pues tiene que fallar en favor; si no, denunciaré a su hija.

El juez se levantó, visiblemente molesto, y, encarándose con Esteban, preguntóle:

—¿Qué me viene a decir usted?

—Sí, ella nos dió cuenta diaria de las sesiones. Tenemos pruebas y podemos recurrir a ellas si usted nos obliga a ello.

—Sí... sospeché que estaban valiéndose de mi hija y deliberadamente le dije algunas frases sin sentido.

—Sea lo que sea, todos creerán que ella traicionó su

confianza—añadió Esteban con el acento de quien sabe que tiene el éxito en las manos y prosiguió—: Esto significaría una notoriedad desfavorable para su hija y una investigación del Senado para usted.

El señor Harvey trató de reponerse y dijo con aire indiferente:

—¡Bah! Al fin y al cabo todo esto que me cuenta usted no pasa de ser un sueño. Chismes de salón y nada más.

—Así parece—respondió Esteban—; pero los discos de fonógrafo no son sueños. Y acto seguido, descubriendo en un ángulo de la habitación un aparato fonográfico, fué a poner en marcha un disco que sacó de la cartera.

Allí estaba la voz de su hija. No cabía duda. Martita estaba repitiendo, sin entenderlas, algunas de las frases que había soltado su padre en su presencia.

Terminada la audición, con la sonrisa cínica del hombre que vive a expensas del chantaje, Esteban dijo:

—¿Qué? Favorece los monopolios, ¿eh?—Y como el juez, en un acceso de furor, rompiera el disco, añadió—: ¡Oh, es sólo una copia! Tengo los originales en buen sitio.

—Nada hay tan vil como el chantaje—exclamó el juez.

—Palabra dura en su boca. Cuando falle a favor de Courtney, le mandaré los originales.—Y cogiendo el sombrero salió sin decir ni una palabra más, dejando al pobre señor Harvey muy abatido.

Siempre bueno para sus hijos, el infortunado padre pretendía que toda la culpa era suya. Debía haber vigilado más a su alrededor y no permitir que su hija, turbada por la novedad de las sensaciones que le ofrecía la capital, se liara con gente desconocida. Su misión era delicada y venía jus-

tamente como hombre de confianza del Gobierno. ¿Por qué, pues, no había agudizado la desconfianza a su alrededor?

Pese a su larga experiencia de los negocios humanos, otra vez su innata bondad le había hecho víctima de la maldad de las gentes. Allí llegaba ahora Martita con el ánimo abatido, trayendo un periódico en la mano. Bien pronto había descubierto en sus páginas algo que se refería a ella. El periódico de la mañana, en un suelto de su sección de ecos y variedades, decía:

“Los círculos oficiales están riéndose ahora a mandíbula batiente. Una cierta joven llamada Martita se ha convertido en fuente gratuita de información. Esto puede causar, más tarde, una investigación en el Senado. Por ahora constituye la gran diversión de la temporada.”

Como es de suponer, nada podía herir más profundamente a la candorosa Martita como el verse convertida en objeto de burla pública. Lo tenía bien merecido; pero mientras tanto su padre se encontraba en una situación muy enojosa.

La niña, llorando, trató de acusarse, pero su padre, siempre comprensivo para los errores de sus hijos, le dijo:

—No, hijita, la culpa es mía. Tenía que haber averiguado quiénes eran antes de permitir que tú los visitaras. Era mi obligación de padre y no la cumplí.

—¿Esto te perjudicará?—preguntó Martita.

—Te diré... hijita; es bastante serio.

Martita abría ahora los ojos y se sentía profundamente humillada.

—Creí ser muy lista... y ellos se estaban riendo de mí.

—Bueno, no te atormentes más. ¿Has aprendido algo?

—Sí, papá. Pero me parece que jamás aprenderé bastante.—Y subiendo la voz añadió—: ¡Y ahora probablemente habré perdido a Weine para siempre!

—¡Oh!—exclamó su padre—. Esto creo que se podrá remediar. No te preocupes. Weine es un chico de todas prendas a quien tendrías que creer más a menudo.

—Sí, papá. Todo lo que hago por mi cuenta es un fracaso.

—Pero fracasar es muy benéfico. Sólo así nota uno que va por el mal camino... y busca el bueno—dijo a guisa de conclusión el señor Harvey.

El buen camino en este caso era volver al lado de Weine. El amor propio de Martita estaba vencido después de la terrible prueba por que acababa de pasar y el joven se hallaba tan dispuesto a la reconciliación, que el darse las manos otra vez no fué cosa difícil.

Entretanto el juez Harvey participó a todos los suyos que había llegado la hora de regresar, noticia que fué recibida con unánime regocijo. Lo que no fué tan fácil fué explicarse con su mujer, a quien tuvo que informar de la situación exacta en que se habían metido por culpa de las indiscreciones de Martita.

—Pero ¿qué es una investigación del Senado?—preguntó la esposa.

—Un juicio público en el que yo seré el acusado. Para un hombre de mi posición eso es ruina... y deshonra.

—¿Y si tu hija asume la culpa?—inquirió la esposa.

—Su nombre se vería enlodado en toda la Prensa del país—explicó el juez.

—Pero ella es joven. Tú no debes sacrificarte así.

—No sé, no sé. No he decidido nada todavía.

Apesadumbrados marido y mujer empezaron a recoger todas sus cosas para el regreso. Weine ayudaba a Martita y Andrés no ayudaba a nadie, sino que estorbaba a todo el mundo con sus intervenciones a destiempo.

Y así regresaron a Calver todos los de la familia Harvey. Al llegar otra vez al hogar pudieron sentir todo lo que media entre la expectación y la realización de nuestros sueños. Andrés y Martita se habían entusiasmado como nunca cuando se vieron camino de la capital. Y ahora tenían que convenir en que la cosa no valía la pena. Se habían llevado los dos un chasco y pensaban que mejor les habría ido de haberse quedado en Calver.

* * *

En su propia casa el juez Harvey pudo reflexionar con más tiento y, finalmente, optó por la primera solución: la de dimitir. No podía presentarse en calidad de juez delante del Senado y así pensó que no le quedaba otro remedio que renunciar al puesto de juez civil que venía ocupando durante veinte años.

Como siempre en ocasiones serias allí estaba su esposa, su fortaleza, su consuelo. Lejos de dejarse abatir por la sombría perspectiva que se cernía a su alrededor, la buena mujer trataba de animar a su marido.

—¿No te dije que esto de Wáshington parecía cosa turbia?

—Nada de eso, querida. Lo que sucedió es que dejé que Martita se colocara en una situación muy grave. Ahora, para protegerla, no debo oponerme a los designios de la Courtney... ¡Y pensar que hace poco estaba hablando de honor y de ideales!—y al decir esto el juez pensaba en su hijo. Prosiguió—: ¿Cómo puedo condenar las faltas de los otros si yo también cometo las mías?

—¿Salvará tu conducta a Martita?—preguntó la esposa. Y como su marido contestara afirmativamente con la cabeza, añadió—: Entonces, nada tengo que decirte. ¿Acaso nuestro deber de padres no es buscar la felicidad de nuestros hijos?

—Querida, esto significa empezar de nuevo. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—Empezamos con nada hace treinta años y salimos adelante—dijo, animada, la mujer.

—Sí, pero entonces éramos jóvenes.

—Esposo mío, no hables así. ¿Es que no nos sentimos jóvenes ahora? Y, además, ahora tenemos lo que entonces no teníamos. Nuestros hijos mayorcitos y educados. Bien está lo normal, pero te digo que a veces también siento deseos de vivir la aventura. Y ahora, para conmemorar nuestra entrada en el dominio de la buena hada, vamos a preparar una cena extraordinaria.

Y así, gracias al temple admirable de aquella mujer, un destello de alegría y de confianza penetró de nuevo en el hogar de los Harvey y durante la cena reinó cierta animación. Claro que no se habló de Wáshington, sino exclusivamente de Calver y de los acontecimientos sociales que se aproximaban.

Con gran estupor de Andrés, la mañana siguiente le tra-

jo una carta de Washington y nada menos que de Susana. Esta escribía:

“Monsieur Andrés: A papá le ha encantado el nuevo baile. En prueba de gratitud le envía un regalo.—Suya, Susana.”

—¡Hurra por el “Big Apple”!—gritó Andrés, lamentando de veras no haber conocido mejor al señor Cortot, un señor hecho y derecho capaz de gustar un baile tan colosal como el “Big Apple”, que él había pretendido introducir en la academia de baile del profesor de Susana.

El regalo era nada menos que un magnífico bombín. Al verlo, Andrés preguntó con entusiasmo:

—Pero ¿es que reza esto con el *smoking*?

—¡Claro! En Europa es de *rigueur*—explícle su padre.

—Quieres decir “macanudo”, ¿eh? Oye: ¿podré usarlo en Carvel?

El señor Harvey puso cara escéptica, pero al fin, como quien se resuelve a hacer una confidencia, dijo:

—Bueno... ¿Qué te diré? Con valor... y en una noche oscura puedes probarlo.—Y cambiando el tono añadió—: La verdad, Andrés, que no comprendo cómo consigues tus éxitos femeninos. Dime, de hombre a hombre, ¿cómo la enamoraste?

—¿Conque quieres mi fórmula para con las mujeres? Pues es muy sencilla. Pega tú primero.

—Explícamelo.

—Por ejemplo, ellas creen que uno quiere besarlas... y así es..., pero yo lo primero que les digo es que no me gustan los besos. El procedimiento es muy sencillo. Si te quieren acusar de algo acúsalas tú antes. Lo dicho. Pega primero.

—¡Ah, amigo! ¡Si todo fuera tan fácil de resolver!—exclamó el juez meneando la cabeza; pero, interrumpiéndose de pronto, añadió bruscamente—: Acusa primero, ¿eh?

Andrés, asustado, dijo:

—Supongo que no vas a ensayar el sistema conmigo.

—Deja que reflexione. Este sistema tuyo tiene algo... En fin, me parece que me has hecho un gran servicio.

Andrés le contempla atónito. ¿Qué secreto se traerá su padre, que por lo que se ve quiere utilizar su técnica amorosa? Atrevido como siempre, el chico pregunta:

—¿Qué te propones hacer?

—Ya lo verás cuando mañana hable por la radio—contestó sonriendo el juez.

—¿Conque vas a hablar por la radio? ¡Hurra!—exclamó el muy travieso. Y se marchó corriendo a decir a todo el mundo que mañana su padre hablaría por la radio.

Al juez se le había ocurrido de repente una idea luminosa. Pega primero, había dicho su hijo, es decir, atribuye a los demás lo que ellos te atribuyen a ti. Los de la compañía Courtney habían querido sorprender su buena fe en la persona de su hija. Todo era cuestión de cambiar el orden de los factores, aclarando que fué él, el juez Harvey quien había sorprendido la buena fe de ellos mandando ex profeso a su casa a su hija con la deliberada intención de lanzarles en una falsa pista, haciéndoles creer que era ingenuidad de la chica lo que no era sino una estrategia paterna para hacerles caer en el lazo que ellos pretendían urdir.

La tesis tenía la fuerza de emanar de un hombre tan prestigioso como el juez Harvey y de ir contra una gente cuya turbia historia era bien conocida en los pasillos del Senado. Todo el mundo aprobaría la astucia del juez al em-

plear contra los que vivían del chantaje un filo de doble corte como había sido el papel que tan inocentemente había representado la buena Martita.

Su propósito era descubrir esta estratagema, explicándola por medio de la emisora local de Calver.

El día siguiente a la hora convenida el juez Harvey se hallaba delante del micrófono. El *speaker* anunció:

—Señoras y señores: Vamos a oír al señor Harvey, quien hará público el fallo de la Comisión que presidió.

El juez Harvey tomó la palabra. Su voz temblaba un poco. No había hablado nunca por radio y lo que iba a decir ahora decidía de toda su carrera. Era necesario dar un acento firme a su afirmación:

—“Señoras y caballeros: Yo no soy sino un juez de pueblo. Pero en Wáshington hallé un grupo defensor del monopolio. Para combatir a tan nociva facción usé sus mismas armas. En otras palabras, decidí “pegar primero”. Hice que mi hija se mezclara con ellos. De acuerdo con mi plan, ella dijo cosas que les desviaron. Subieron las acciones... Bajaron las acciones... Creyeron que mi hija había revelado el fallo, pero ahora, para su derrota, anuncio la verdadera decisión. ¡El monopolio de la Courtney es ilegal!”

La emisión constituyó un éxito deslumbrante y consiguió con creces lo que Harvey se había propuesto. Los Lee y Esteban, que desde Wáshington estaban a la escucha, quedaron petrificados al creer que habían sido víctimas de la pretendida candorosidad de la hija del juez. Podían aplicarse el refrán: “Ir por lana y volver trasquilados.”

“Pega primero”, la táctica de su hijo para con las chicas, había surtido su efecto. Y, como es de suponer, Andrés se había entusiasmado al oír por la radio que su padre,

considerado en Calver como el hombre más juicioso de la población, empleaba sus mismas palabras. Ahora trataba de convencer a Polita de que él era realmente un hombre importante que había ayudado eficazmente a su padre a salir de una situación muy enmarañada.

Inútil decir que todos eran felices y que celebraban que la vuelta a Calver se hubiera realizado bajo tan buenos auspicios.

Polita, que ya creía en el talento de su amigo, no era difícil de convencer, y así Andrés podía saborear intensamente lo que creía un triunfo personal.

El chico decía a la jovencita:

—Ahora que te has convencido de que soy un chico juicioso, supongo que querrás ir por el caminito aquel.

—Vamos, Andrés. No sé si serás juicioso, pero formal no me lo pareces. ¿No me contabas hace un rato que en Wáshington habías adquirido mucha cultura?

—Polita, no me fastidies ahora con la cultura. La cultura es buena para cuando se es viejo, pero a nuestra edad...

—La cultura es buena a todas las edades, te digo—replicó Polita; pero al mismo tiempo Andrés conseguía besarla en la mejilla antes de que la chica pudiera evitarlo.

En el mismo momento se oyó la voz del señor Harvey que gritaba:

—¿Qué es esto, Andrés?

El chico, algo confundido, mientras trataba de guardar las apariencias y recobrando la serenidad respondió:

—Oh, nada. No te asustes, papá. Estaba enseñando a Polita lo que hacen en Wáshington.

—Andrés, acuérdate de que me prometiste formalidad y

que bajo esta promesa me arrancaste el dinero para el *smoking*.

—Pero ¿qué? ¿Tendré que ser el primero durante tres meses en mi clase? ¿No me dispensas de esto después del servicio que te he prestado enseñándote mi truco?

—¡Grandísimo pillo! No te envanezcas tanto. Te dije ya que me hiciste un real servicio, pero no lo vayas a retraer ahora en todo momento. Por lo demás, espero que cumplirás lo que me prometiste. ¿No quieres, Polita, que tu amiguito sea el primero en la clase?

—¡Pues claro que sí, señor Harvey!

Andrés, viendo que todos estaban conjurados contra él, abandonó la partida. Invitó a Polita a sentarse a su lado, renunciando al paseo por el camino solitario y resignándose a explicar a la chica mil mentiras referente a sus hazañas en la capital yanqui.

Como supondrá el lector, en otro rincón del pequeño jardín que rodeaba la mansión del abogado se encontraba otra pareja. Weine y Martita trataban de olvidar el incidente de Wáshington trazando planes para el porvenir. El futuro se presentaba risueño y bajo tan halagüeñas perspectivas el rostro de Martita se iluminaba con una luz que parecía emanar del corazón y que hacía aparecer aún más hermosa a la jovencita.

Weine, bajo el hechizo que irradiaba su prometida, se consideraba el varón más feliz que había sobre la tierra y sólo pensaba en establecerse pronto para casarse con aquella preciosa criatura y constituir un hogar que no desmereciera de aquel que habían sabido construir los padres de ella.

En cuanto a éstos, descansaban tranquilos después de las aprensiones por que habían pasado últimamente. La tor-

menta había sido alejada y delante mismo de su mujer el juez Harvey rompió aquella instancia que había redactado pidiendo fuera aceptada su renuncia de juez civil por el distrito de Calver.

Calver continuaría gozando del mismo juez que por tantos y tantos años tan bien había sabido administrar los asuntos locales.

El recuerdo de los incidentes ocurridos durante la estancia en la capital fué borrándose a medida que el ritmo cotidiano de la vida en Calver iba cobrando sus derechos. Y los padres volvieron a ser testigos de los mismos sucesos que diariamente ocurrían con la regularidad de un hábito inveterado.

Andrés, todos los días regresando tarde del colegio porque no ha sabido despedirse a tiempo de Polita, que le ha retenido largo rato a la puerta del jardín, al mismo tiempo que Weine también cada tarde sin falta entra en busca de Martita para ir a merendar y bailar con ella en el casino de la localidad.

¡Que por muchos años la felicidad les acompañe como se merecen!

FIN

